

V Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XX Jornadas de Investigación Noveno Encuentro de Investigadores en
Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos
Aires, Buenos Aires, 2013.

Sobre lo vivo del padre en las toxicomanías.

González Martínez, María Florencia.

Cita:

González Martínez, María Florencia (2013). *Sobre lo vivo del padre en las toxicomanías. V Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XX Jornadas de Investigación Noveno Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-054/718>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/edbf/8hk>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

SOBRE LO VIVO DEL PADRE EN LAS TOXICOMANÍAS

González Martínez, María Florencia

Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires

Resumen

El objetivo en el presente trabajo es hacer un recorte de diversas versiones del padre en Freud y su relectura por parte de Lacan (hasta el seminario “El reverso del psicoanálisis”) para, a partir de esto, realizar algunas reflexiones sobre las toxicomanías

Palabras clave

Padre, Toxicomanías, Superyó, Pulsión

Abstract

ABOUT THE LIVING SIDE OF THE FATHER IN DRUG ADDICTION

The aim of this paper is to go over different versions of the father present in Freud’s work and their take by Lacan (up to his seminar “The reverse of psychoanalysis”) to draw some conclusions on the nature of drug addiction.

Key words

Father, Addiction, Superego, Drive

En el presente trabajo me propongo hacer un recorte de diversas versiones del padre en Freud y su relectura por parte de Lacan (hasta el seminario *El reverso del psicoanálisis*) para, a partir de esto, realizar algunas reflexiones sobre las toxicomanías. Una aclaración preliminar: abordaré indistintamente a las toxicomanías y al alcoholismo, ya que afirmo que responden a una misma lógica en el punto en el que me referiré en este texto (aunque puedan trazarse diferencias a otros niveles).

Debido a la longitud de la monografía de más está aclarar que el recorrido no será exhaustivo sino que me abocaré a señalar los movimientos que me permitan justificar la idea que me propongo afirmar.

Figuras del padre en Freud

A lo largo de toda la obra freudiana el padre tiene un lugar de fundamento. De acuerdo a la versión que se privilegie se organiza un campo determinado y un punto de exclusión. Cada nueva formulación de la figura del padre, propiciada por los obstáculos que le salían al paso en el trabajo analítico, tiene un impacto directo sobre el modo de entender la clínica: de definir al síntoma, de pensar la dirección de la cura y la posición del analista y los límites del psicoanálisis.

Tomando la expresión de Lacan, podríamos ubicar en Freud un movimiento que va del privilegio de la dimensión patógena del padre en la teoría de la seducción, al acento en su vertiente normativizante con el Edipo, para volver a destacar lo patógeno de la función paterna, ahora en otros términos, habiendo quedado reubicada la teoría de la seducción, con el mito de la horda primordial. En este mito es posible leer la polaridad entre ambas dimensiones, aunque recién en *Moisés y la religión monoteísta* aparecerá conceptualizada la radicalidad de la oposición entre ambas vertientes del padre.

El primer abordaje de la figura de padre que aparece en Freud, es aquél que le dicta el discurso de la histeria y que lo lleva a con-

ceptualizar los síntomas como consecuencia de un atentado sexual ocurrido en la infancia a manos del padre o un sustituto paterno. Este padre seductor funda un Inconciente con trauma y una clínica que tiene por ideal (al menos retórico) la cancelación de esa escisión por la vía de hacer conciente aquella representación o grupo de representaciones que constituyen el núcleo patógeno de lo que Freud inicialmente denomina aquel segundo grupo psíquico.

Esta empresa encuentra sus límites en dos frentes: por el lado de la representación el núcleo patógeno y el ombligo del sueño son nociones que ubican tempranamente el tope al recuerdo. Por el lado de la cantidad, la noción de displacer actual, cuyo origen Freud sólo puede atribuir a una fuente independiente del principio de constancia y que lo lleva a plantear la necesidad de construir una teoría sobre la sexualidad antes de poder avanzar en esa dirección, pone en jaque el principio rector de los procesos psíquicos.

Podríamos ubicar también entre esos límites a la defensa misma, en tanto desde el inicio es un mecanismo del yo, sobre el que el yo no tiene ningún control y que desconoce.

La creación de una teoría sexual, a partir de la construcción del concepto de pulsión en 1905 le permite a Freud dar una respuesta inicial (aunque no definitiva) al problema del displacer (ahora situado como consecuencia de la represión) y, si bien no lo hace abandonar la figura del padre como seductor, le depara a ésta otro lugar en la teoría. Quedará ubicada de ahora en más en el terreno de la fantasía que, si bien tiene un papel fundamental en la producción de síntomas, no es ya su causa, sino un modo de defensa. Pero, ¿de qué habría que defenderse?.

En *Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis*, Freud dirá que con la fantasía de seducción el sujeto se defiende de las impresiones dejadas por su práctica sexual infantil autoerótica. Pero el onanismo infantil no surge espontáneamente; depende del encuentro con el otro. La pulsión nace apuntalada en acciones que permiten la supervivencia. En este sentido, es en el cuerpo a cuerpo con lo que Freud denomina el Otro de los cuidados primordiales donde las zonas erógenas se constituyen como tales. Se produce, entonces, un deslizamiento a partir del cual la madre se convertirá en la primera seductora; la que erogeniza el cuerpo con su mirada, su voz y sus caricias. De los efectos esa inevitable “seducción” protege la fantasía que tiene al padre como protagonista.

Gerard Pommier abordará este movimiento de un modo interesante: él distinguirá lo que denomina trauma y que presenta carácter inaugural, ligado a lo que llama “amor de la madre” de lo que denomina traumatismo, que vincula al “amor del padre”. Dirá que el segundo protege contra el primero. Ante la pregunta de por qué es necesaria la producción de un fantasma de seducción, responderá: “La construcción de esta ficción de un padre que cae resulta necesaria para salvar del trauma; es decir, de la angustia de la castración de la madre. Es preferible que el padre sea un seductor a quedarse en brazos de la madre. Por eso se inventa la ficción de la seducción y por eso existe el mito del padre que vale poco y nada.”¹

La ficción de un padre traumatizante tal como aparece en el fantasma protege, entonces, contra el goce.

Esta versión del padre es solidaria y contemporánea de la concep-

tualización del complejo de Edipo, en donde el padre es definido como agente de la castración. Volveré más tarde sobre este punto para dar cuenta de cómo se articulan ambas versiones.

El padre muerto, el Edipo y el resto (Freud con Lacan)

En el contexto de la metapsicología, Freud escribirá *Tótem y tabú*, en el que propone una nueva versión del padre como fundamento. En este caso, la figura del padre muerto aparece inaugurando el lazo social a partir de la inscripción de una pérdida de goce (que aparece bajo la forma de la pérdida del acceso a la satisfacción de todas las mujeres). La culpa retroactiva por su asesinato (consecuencia de la ambivalencia) instaura la ley y nombra a sus asesinos como hermanos, hijos de aquél padre. Lo que Freud pondrá en primer plano aquí es la dimensión del acuerdo entre ellos. A partir de ese momento a ninguno le es permitido ocupar el lugar que dejó el muerto. De él sólo quedará un tótem; un símbolo que permite nombrarse, inscribiéndose en un linaje. Ese carácter de símbolo del padre es retomado por Lacan, quien circunscribe la paternidad a un nombre. El significante Nombre-del-padre es definido como puro significante, sin correlato en la representación, pero cuya operación es la condición de posibilidad de la representación de un sujeto por un significante ante otro significante. Es precisamente a partir de esto que podemos realizar una articulación con otro de los mitos freudianos: el Edipo. Podríamos decir que, si el asesinato del padre es la operación que instaura esa marca inaugural que funda el aparato; esta funcionará como condición de posibilidad para surgimiento del campo del deseo, que será abordado por Freud a partir del Edipo.

Aquí cobra relevancia la figura del padre como agente real de la castración, destacada por Lacan inicialmente en el *Seminario 5: Las formaciones del Inconciente*. Para él será este padre el que pondrá en juego la metáfora paterna, que permite hacer operar al significante Nombre-del-Padre nombrando al deseo de la madre como deseo de falo. De todos modos, conviene tener en cuenta que, en este momento de la obra lacaniana el registro real no había cobrado aún el carácter de lo imposible, tal como será definido posteriormente. Cuando se refiere al padre real en este seminario, lo hace para dar cuenta de la función que le atañe al padre en el tercer tiempo del Edipo. Ese padre potente, portador del falo, que “puede darle a la madre lo que ella desea” (*Seminario 5: Las formaciones del Inconciente*, página 200) permite la identificación a la que Lacan denomina Ideal del Yo y la consecuente salida del Edipo.

“En el tercer tiempo, pues, el padre interviene como real y potente. (...) Si el padre es interiorizado en el sujeto como ideal del yo, y entonces, no lo olvidemos, el complejo de Edipo declina, es en la medida en que el padre interviene como quien, él sí, lo tiene”¹².

En el seminario *El reverso del psicoanálisis* Lacan retomará la noción de padre como agente real de la castración. Pero lo hará esta vez en otros términos, a partir del mito de la horda. Dirá:

“Que el padre muerto sea el goce es algo que se nos presenta como el signo de lo imposible mismo. (...) lo real es lo imposible. No en calidad de simple tope contra el que nos damos la cabeza, sino el tope lógico de aquello que, en lo simbólico, se enuncia como imposible. De allí surge lo real.”¹³

Y dice reconocer en esta afirmación el efecto del padre real como operador estructural, más allá del Edipo. Para ubicar a este padre real como un nombre de lo imposible, recurre, aunque con un tono burlón, al padre de la horda primordial. Ese padre que goza de todas las mujeres es una construcción del lenguaje, un efecto del lenguaje. Y para extremar su razonamiento llegará al punto de afirmar que el único padre real sería el espermatozoide.

En cuanto a la castración dirá que “es la operación real introducida por la incidencia del significante, sea el que sea, en la relación con el sexo”¹⁴. Y dirá que es ella la que determina al padre como real imposible. Y es precisamente esta posición del padre la que lo hace surgir, a nivel imaginario, como privador.

Con esto retorno a Freud para ubicar esta doble dimensión del padre presente en el mito de la horda.

En este mito Freud plantea la vertiente normativa del padre, pero también ese resto que no ingresa en el campo de la ley del significante y que lleva a la repetición compulsiva de la macabra hazaña de los hermanos que toma forma en el banquete totémico. Es ese resto no digerido del padre el que introduce el carácter paradójico del superyó: su vertiente ordenadora (más ligada al Ideal), que se pacifica con la renuncia pulsional y, por otro lado, como resto de la operación de inscripción, la cara insaciable que exige satisfacción y que Freud abordará a partir de la reacción terapéutica negativa, como manifestación clínica de la necesidad de castigo y como subsidiaria de la pulsión de muerte.

Es a partir de la introducción en la teorización freudiana de ese resto, que se inaugura un modo de conceptualizar el síntoma y un modo de abordar la clínica.

Si bien Freud ya había señalado en los textos de la metapsicología que el síntoma suponía una satisfacción pulsional, en esa época esa satisfacción entraba en disyunción con el placer a partir de la operación de la represión, que la volvía ajena al yo. A partir de la reformulación del dualismo pulsional, en el corazón del síntoma nos encontramos con una satisfacción que está estructuralmente en disyunción con el placer y que opera como resistencia irreductible. Es la pregunta por ese resto “vivo” del padre, que se resiste a la mortificación significativa pero que incide en forma directa sobre el campo de las representaciones, la que ordena las últimas conceptualizaciones freudianas.

Me interesa, a partir de estas dos dimensiones del padre, reflexionar sobre las toxicomanías.

Lo vivo del padre en las toxicomanías

Sostengo que es necesario deslindar al menos dos vertientes en la relación del sujeto con las drogas. La primera de ellas correspondería a lo que denomino la función de “uso” de la sustancia. En este caso estamos en el terreno de la regulación, del Principio del Placer. Podríamos decir que la dimensión normativa del padre es la que está acentuada aquí. Esto contempla también cierta dimensión de exceso que no pone en riesgo la regulación. Tengamos en cuenta en este punto que el banquete totémico al que se refiere Freud tiene esta estructura: un exceso que no interfiere con el sostenimiento del lazo, sino que lo propicia.

Si bien en el caso particular del uso de drogas sería necesario hacer algunas salvedades, éstas no tienen mayor consecuencia en lo que pretendo exponer aquí. Es necesario aclarar que no considero que esta lógica se pueda encontrar solamente en los rituales de ciertas culturas aborígenes, como las que describe Escohotado, por ejemplo, sino que también es pesquisable en la relación singular que un sujeto puede establecer con las sustancias. Muchas veces los tóxicos operan sosteniendo al sujeto en la escena. Afirmando que esta dimensión es la que aparece acentuada en Freud cuando se refiere a la cancelación tóxica del dolor, aunque no se agota allí (tengamos en cuenta, de todas maneras, que el dolor no tiene estatuto conceptual claro en Freud, por lo cual su uso está definido por el contexto en el que el autor apela a él). Un ejemplo sencillo y cotidiano de este vínculo con la sustancia es la del hombre que se toma unas copas para reunir el coraje necesario para abordar a una mujer. A nadie se

le ocurriría definirlo por este gesto como un alcohólico.

Ahora bien, ¿que estatuto darle a la toxicomanía?

Yo sostengo que lo que la define es la relación establecida entre el sujeto y la sustancia. Todos los pacientes toxicómanos relatarán que en los inicios la droga cumplía una función más o menos clara, que les permitía acceder a logros que de otro modo parecían muy lejanos. Como señalé anteriormente, les permitía sostenerse en una escena. Hay sujetos que pueden mantenerse una vida de esta manera. Sin embargo, el paciente toxicómano será aquel en el que esta función inicial de la droga se independiza de su fin, convirtiéndose al consumo en una exigencia en sí mismo, aún a costa de un alto grado de padecimiento. En este sentido el toxicómano no es quien consume una droga sino quien es consumido por ella. Ese cambio en la relación es lo que permite, a mi criterio, ubicar una diferencia cualitativa esencial para definir el campo de las toxicomanías. Burroughs ilustra a la perfección esto cuando dice: "*El mercader de la droga no le vende un producto a su consumidor, sino que le vende un consumidor a su producto*"¹⁵.

¿Cómo se produce ese viraje? Para responder cabalmente a esta pregunta sería necesario introducir operadores conceptuales exceden el objetivo de este artículo. Sin embargo, es necesario señalar que está comandado por la compulsión, subsidiaria de la pulsión de muerte. Por algún motivo se produce lo que en términos freudianos llamaríamos una desmezcla pulsional. Volviendo sobre el ejemplo utilizado antes, el alcohólico será aquel que, aún cuando inicie su consumo para abordar a una mujer, en cuanto empiece a tomar y más allá de sus intenciones, convertirá a la botella en su partenaire y sólo se detendrá cuando se acabe el alcohol. En las toxicomanías y en el alcoholismo el único "límite" es el que pone la sustancia (o el cuerpo que colapsa). En este sentido, podríamos decir que si en el uso situábamos el acento en la vertiente normativa del padre (aunque también allí hay un resto compulsivo), en las toxicomanías el acento tiene que estar en el resto "vivo" del padre de la horda. Ese resto pulsional toma el control, empujando a un goce que parece no tener límites: siempre es posible ir un poco más allá.

En las palabras de Abelardo Castillo:

*"Si uno toma agua cristalina de un arroyo de las sierras, pero quiere, sin saberlo, tomar fluyente grapa, es un lamentable neurótico. Quizás un psicótico. Y si tomó dos whiskys dobles cuando no tenía ningún deseo de hacerlo, ¿qué es?. Un fatalista (...)"*¹⁶

Eso que el escritor define como fatalismo evoca la idea de Groddeck utilizada por Freud en *El yo y el ello* cuando dice, parafraseando a su colega: "*(...) lo que llamamos nuestro <yo> se comporta en la vida de manera esencialmente pasiva (...), somos <vividos> por poderes ignotos, ingobernables.*"¹⁷

Esta idea le permite a Freud conceptualizar al ello como instancia psíquica. Pero también y principalmente, en su articulación con la constatación clínica de la reacción terapéutica negativa, lo lleva a definir al superyó como subsidiario del ello y como fuente de exigencia de satisfacción masoquista, al servicio de la pulsión de muerte. Testimonio de esa vertiente viva del padre, es decir, esa vertiente gozosa que no exige la renuncia pulsional (como lo hace la vertiente normativa, cuya figura es la del padre muerto, el padre que no goza) sino que exige una satisfacción cuyo horizonte es la satisfacción total. El imperativo "Goza!", en el que se aúnan el mandato superyoico y el discurso capitalista comanda la lógica de las toxicomanías.

Estos conceptos que han quedado acotados en esta última frase son los que considero fundamentales para la delimitación del campo específico de las toxicomanías.

NOTAS

- 1 Pommier, G.: "Transferencia y estructuras clínicas". Kliné Ediciones, 1999. Pág. 36.
- 2 El Seminario 5: Las formaciones del Inconciente. Ediciones Paidós, 2007. Pág. 201.
- 3 El Seminario 17: El reverso del Psicoanálisis. Ediciones Paidós, 1999. Pág. 131.
- 4 Idem. Pág 136.
- 5 Burroughs, W.: Naked Lunch. Grove Press NY, 1992. Pág. 11 (la traducción es propia).
- 6 Castillo, A.: El que tiene sed. Seix Barral. 2010. Pág. 78.
- 7 Freud, S.: El yo y el ello". Amorrortu Editores. Tomo XIX. 1993. Pág. 25.

BIBLIOGRAFIA

- Burroughs, W.: "Naked Lunch" Grove Press NY. 1992.
- Castillo, A.: "El que tiene sed" Seix Barral. 2010.
- Freud, S.: "Fragmentos de la correspondencia con Fliess (1950 [1892-99])" en Obras Completas, tomo I, Amorrortu Editores, 1994.
- Freud, S.: "Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis" (1906) en Obras Completas, tomo VII. Amorrortu Editores, 1994.
- Freud, S.: "Más allá del principio de placer" (1920), en Obras Completas, tomo XVIII. Amorrortu Editores, 1994.
- Freud, S.: "Tótem y tabú" (1912-1913), en Obras Completas, tomo XIII. Amorrortu Editores, 1994.
- Freud, S.: "El yo y el ello" (1923), en Obras Completas, tomo XIX. Amorrortu Editores, 1994.
- Lacan, J.: "El Seminario de Jacques Lacan. Libro 5: Las formaciones del Inconciente" (1957-1958) Ediciones Paidós, Buenos Aires, 2007.
- Lacan, J.: "El Seminario de Jacques Lacan. Libro 17: El reverso del psicoanálisis" (1969-1970) Ediciones Paidós, Buenos Aires, 1999.
- Pommier, G.: "Transferencia y estructuras clínicas", Editorial Kliné, Buenos Aires, 1999.